

## Algunos relatos: "El teléfono"

Samuel Linares



Image not found.

# Capítulo 1

El teléfono.

el aroma de los productos de limpieza se colaba por mis fosas nasales como si fuera un gato callejero entrando a hurtadillas en una casa ajena. era un aroma que me revolvió el estómago. se mezclaba con los nervios y el humo del tabaco que pululaba por el techo de la habitación como un espectro vigilante. vacié las cenizas del cigarrillo en el cenicero de porcelana y humedecí mis secos labios con un tacto como el del hormigón.

observaba el teléfono con una impaciente agonía que calaba desde mis huesos hasta los cables que me unirían con mi interlocutor cuando el teléfono sonara. no lo perdía de vista y estaba seguro de que las cenizas caían como nieve sobre mis pantalones. decidí relajarme un poco. me desanudé la corbata lo justo para que el sudor del cuello resbalase lento hasta mi pecho frío y observé la habitación. había estado cientos, quizá miles de veces allí, sentado en aquél sillón, y seguramente en la misma postura, fumando la misma marca de cigarrillos e incluso con la misma ropa. pero jamás de aquella manera. humedecí mis labios de hormigón y tragué saliva. tal vez lo que le hicieran falta a mis nervios punzantes era una copa. dejé el cigarrillo posado con indiferencia sobre el cenicero de cristal y me levanté, sacudiendo de mis pantalones las cenizas.

primero miré la puerta cerrada y después la estantería con los libros. me acerqué y cogí uno, con la portada negra y un tacto áspero y familiar, pero que me costaba identificar por la luz amarilla que la única y somnolienta lamparilla emanaba. lo dejé en su sitio y me dirigí entonces a un armarito pequeño y bajo. lo abrí y observé todas las botellas, grandes, llenas, lujuriosas, y, como aquella luz, somnolientas. busqué el whiskey con la mirada y mis manos húmedas y temblorosas lo agarraron rápidamente para que pudiera llevármelo a la boca, directamente de los

labios de cristal de la botella. el febril calor del néctar amansaba mis nervios como si fuera un domador de leones de un circo en decadencia, peleando por su hambre.

me permití el lujo de respirar hondo y acercarme a la oscura ventana que reflejaba la noche en sus cristales sucios cubiertos por una persiana. miré entre los resquicios del velo de plástico amarillo, y las calles, y la vida, seguían su curso mientras yo bebía whiskey en la habitación en penumbra y esperaba a que el tipo llamara.

los cláxones y los gritos eran como la respiración; la señal de que todo en la ciudad funcionaba correctamente. pero a mí nunca me había gustado la ciudad. ni el whiskey. ni tan siquiera el esmoquin que sobre mi sudoroso cuerpo portaba. tampoco me gustaba lo que estaba haciendo en esa habitación, ni los hechos que causaban que yo estuviera allí. tampoco me agradaba en exceso que fuera yo el causante de toda aquella situación. dejé de mirar por la ventana y bebí más whiskey. yo no tenía porqué cargarme la pesada roca de la culpa a la espalda. al fin y al cabo, yo no había sido el infiel. me volví a sentar en el sillón y encendí otro de mis cigarrillos. tal vez, me decía, sólo tal vez, yo haya causado esa infidelidad. tal vez, yo hubiera dado pie a que esos hechos sucedieran. pero era ella la que...

mi monólogo interno se vio interrumpido por el timbre del teléfono, que sonaba con una belleza tal de un arpa en las manos del más divino querubín. alargué sin reparo mis agarrotados brazos y levanté el auricular para llevármelo a la oreja casi al instante de que comenzara a timbrar.

-Soy Ed. – respondí, tratando de que mi voz sonara cuanto menos temblorosa posible.

-Ed, soy yo. – él era el tipo que se iba a encargarse de mis asuntos matrimoniales, que iba a poner fin a mi agonía con aroma a productos de limpieza y humo de tabaco. – Verá, tenemos que hablar sobre mi dinero.

-¿Pero qué está diciendo? ¿Ha hecho el trabajo?

-Eso quería decirle. Me hicieron otra oferta.

-¿iQuién!? – respondí exasperado, interrumpiéndole.

-Su mujer.

de pronto todo el whiskey que había amansado mis nervios empezó a formar parte del espectro vigilante que hacía que sólo agonizara más. la sangre que se suponía corría por mis venas se convirtió en un trozo de hielo negro y seco que estaba encajado en la ruedas traseras de un coche, olvidado.

-¿Qué ha sucedido, John? – intentaba con todas mis fuerzas que mi voz sonara fría como el invierno.

-Ella me ha pagado el doble para que me encargue de usted.

me imaginaba en el fondo de un lago con todo el pelo flotando hacia arriba, aguantando la respiración, viendo como las burbujas de aire trataban de escapar.

-Pero oiga, como ya nos conocemos, prométame usted que va a igualar la suma que ella me va a pagar y enseguida me marchó de su casa y como si esto no hubiera sucedido jamás.

y las últimas palabras que oiría en mi vida serían:

-Lo siento, Ed. – pronunciadas con falsa culpa, con una pistola en la mano equipada con el mejor silenciador; la muerte, y con un cheque firmado por mi mujer en el bolsillo trasero de los pantalones manchados de tomate de la pizza que tomó para desayunar.

pero estaba en la habitación de al lado, seguramente, hablando desde el otro teléfono de la casa. movería los dedos índice, corazón y pulgar entre el gatillo y el cañón del arma para que diera vueltas sobre sí misma y tener algo en lo que ocupar su cabeza. y el olor a productos de limpieza, seguramente lejía y limpia cristales, para ocultar sus huellas y deshacer mi cuerpo inerte en la bañera que hay al fondo del pasillo, se colaba por mis fosas nasales como si fuera un gato callejero entrando a hurtadillas en una casa ajena, cogiendo el queso que extrañamente alguien ha dejado en el pasillo, con un palo atado y una caja encima. cayendo en una trampa. deseé, antes de contestar, ser ese gato tan sólo para tener la bendición de ir a la perrera. bienaventurados los que nada esperan, porque nada les decepcionará. el libro que había cogido de la librería con su áspero tacto familiar y que la tenue luz no me había dejado ver era una Biblia.

-Mi mujer cree en Dios, sabe. – le dije. – A ella no le importaría tanto morir porque sabe que hay un cielo esperándola tras la bala.

-Ed... ¿Puede igualar su oferta, o no?

y ese era el momento del dolor y la ansiedad en que comenzaba a imaginar, a fantasear que podía escapar. que sólo tendría que enfrentarme a un experimentado asesino para poder salir de mi casa,

hacer las paces con mi mujer, perdonar sus infidelidades, y seguir con mi vida. pero él estaba al otro lado del teléfono, y al otro lado de la pared de apenas cinco centímetros de grosor que nos separaba. y de mis labios sólo pudo salir una triste y temblorosa sílaba.

-No...

dejé caer el auricular del teléfono y bebí tanto whiskey como su ardor me permitía. escuché una risa de mujer en la otra sala, pero me permití ignorarla. me permití el lujo de caer de rodillas y de que todas las cenizas cayeran sobre mis pantalones. me permití el lujo de no terminarme el cigarrillo. de escuchar sus pasos abrazados a los de ella mientras docenas o miles de lágrimas resbalaban por mi rostro mezclándose con el sudor. me permití tener miedo y mirarla a los ojos cuando entró por la puerta. me permití mirarle a él también, con la pistola apuntando hacia delante.

-Vaya. – le dijo, mirándola con una sonrisa, y después mirando mi patético aspecto de niño tembloroso y asustado. – No sé cómo has podido dejarle escapar, nena.

me permití disfrazar aquellas palabras y mancharlo todo de sangre. me permití impregnar su alma y la de mi mujer con mi fúnebre aroma, despertarlos cada noche, como si fuera un gato, posado sobre el alfeizar de una ventana acompañado del graznido de los cuervos, observándolos, en silencio, como un espectro vigilante.